
LA COMPRENSIÓN DE LA DIAKONÍA EN EL CONTEXTO DE LA FLM

Dr. Kjell Nordstokke
Director del DMD/FLM – Ginebra

La acción diaconal siempre ha sido un aspecto central de la vida y misión de la iglesia cristiana. Las formas de la práctica diaconal han variado debido a los tiempos y el contexto, así como ha variado bastante la comprensión teológica, dependiendo de la orientación teológica y de las estructuras de iglesia.

Hoy en día, hay una creciente toma de conciencia ecuménica con respecto a la necesidad de desarrollar una comprensión común de la diakonía.

Existen varias razones para este hecho:

- El redescubrimiento de una perspectiva integral de la misión de la iglesia;
- La necesidad de relacionar el trabajo/acción social con la identidad de la iglesia, para evitar tendencias de una dicotomización entre fe y acción;
- El redescubrimiento de la diakonía como servicio para el empoderamiento, y junto a ello, de la dimensión profética de la diakonía;
- El contexto de la globalización y sus nuevos desafíos para la acción diaconal.

Todos estos elementos son objeto de frecuente reflexión en lo que se denomina la “diakonía ecuménica”, un tema que ha estado en la agenda del Consejo Mundial de Iglesias y de otras organizaciones ecuménicas durante los últimos 20 años. Es importante registrar la contribución de cristianos y cristianas del sur global en la formulación de la diakonía ecuménica, así como la

importancia de plataformas teológicas como la Teología de la Liberación.

La comunión luterana participa en este proceso de redescubierta de la dimensión diaconal de ser iglesia, formulando preguntas acerca de lo que esto significa dentro de los contextos actuales con sus múltiples desafíos provenientes de las realidades sociopolíticas, económico-ecológicas, y culturales, dentro de las cuales nos hayamos insertos e insertas. La Asamblea de la FLM en Winnipeg del año 2003 aprobó una resolución para priorizar el tema de la diakonía.

Demandó un programa de estudios sobre el papel de la diakonía como aspecto integral de la comunión luterana:

“Contextualmente, las iglesias luteranas debieran ser iglesias de presencia para personas y grupos marginados y con ellos. En vista de la persistencia de la pobreza material en la mayor parte del mundo, y a la luz de la pobreza espiritual relativa al excesivo individualismo en otras partes del mundo, las tareas diaconales de las iglesias son actualmente múltiples y multifacéticas.”

En el día de ayer, mi colega Martin Junge presentó un informe acerca de la manera cómo la comunión luterana en América Latina ha participado en este proceso. No hay necesidad que yo por mi parte añada algo más a esta presentación. Solamente quisiera subrayar la importancia de este evento aquí en América Central, no solamente para las iglesias en Latinoamérica, sino para la comunión global de iglesias. En cambio, quisiera aprovechar esta oportunidad para compartir con ustedes

algunos comentarios con respecto a los elementos importantes que han sido destacados y que han adquirido un significado central en la comprensión de la diakonía durante los últimos años en la comunión luterana, en particular:

- **Diakonía como aspecto integral de la misión de la iglesia.**
- **La dimensión profética de la diakonía.**
- **La dimensión ecuménica e inter-religiosa de la diakonía – diapraxis.**

Adicionalmente, quisiera presentar unas pocas tesis con respecto a la Diakonía como el saber reflexionado sobre la praxis. Espero que esto pueda constituirse en una contribución para nuestra intención de presentar una reflexión sistematizada sobre la praxis diaconal de las iglesias en Centroamérica.

1. Diakonía como aspecto integral de la misión de la iglesia.

La misión cristiana desde siempre se ha visto acompañada de una acción diaconal. En 2 Cor 8-9 se nos relata cómo el apóstol Pablo organiza una campaña en favor de la congregación pobre de Jerusalén, expresando con ello su identidad de ser una comunión unida en misión. De entre los primeros misioneros en América Latina figuran personalidades como el padre Bartolomé de las Casas y su cabildeo profético defendiendo la dignidad y la humanidad de los pueblos indígenas. El movimiento misionero moderno iniciado en el siglo XVIII tuvo desde sus mismos inicios un fuerte énfasis en las áreas de la salud y educación. Aún cuando tales actividades a veces fueron implementadas con el fin

de reclutar miembros para las iglesias recientemente establecidas, no hay duda que sus esfuerzos contribuyeron significativamente a la transformación de la sociedad, rescatando la dignidad de los grupos marginalizados y ofreciéndoles oportunidades para ser incluidos en la sociedad.

De esta forma, la historia de la misión cristiana está marcada tanto por prácticas colonialistas, como por la acción de una Diakonía profética, lo cual teológicamente podría interpretarse como una expresión del *simul iustus et peccator* (justos/justas y pecadores/pecadoras a la vez), una realidad que no solamente caracteriza a la naturaleza humana, sino también a la realidad eclesial. Reconociendo el rol ambiguo de la misión cristiana en el pasado y en el presente, se impuso la necesidad de volver a analizar la comprensión de la misión, particularmente en el norte. La Consulta sobre Iglesias en Misión, convocada por la FLM en Nairobi 1998, arribó a la siguiente definición:

“Misión comprende proclamación, servicio e incidencia en favor de la justicia. Misión como proclamación es el intento de todo y toda cristiano y cristiana de anunciar e interpretar la historia del Evangelio en su contexto como una forma de descubrir la acción salvadora de Dios y su presencia significativa en el mundo. Misión como servicio subraya la dimensión diaconal de una fe activa en el amor, que se empeña en el empoderamiento y la liberación de quienes están en necesidad. Misión como incidencia en favor de la justicia denota la praxis de la iglesia en el campo público como una afirmación y reafirmación de la dignidad humana, tanto individual como comunitariamente, así como un sentido más amplio de la justicia que abarca el ámbito económico, social y ecológico.”

El nuevo documento de misión de la FLM, *Misión en Contexto*, reafirma esta

comprensión amplia de la misión¹ y enfatiza en el hecho que la misión abarca la proclamación, el servicio o la diakonía y la incidencia. Con una cita extraída de la carta de la Consulta de la FLM sobre diakonía profética, el documento sostiene:

“la diakonía es un componente medular del Evangelio mismo y, por lo tanto, es central con respecto a lo que significa ser iglesia. La diakonía no es solamente una opción, sino una parte esencial del discipulado. Todos/as los/as cristianos/as son llamados/as por medio del bautismo a vivir la diakonía a través de lo que hacen y la manera de la que viven en el mundo. Comienza con un servicio incondicional al prójimo necesitado y conduce inevitablemente al cambio y la transformación social”²

Si el ser iglesia implica una presencia diaconal en el mundo, igualmente diakonía implica encontrarse arraigada en lo que la iglesia es y anhela. Ni puede la iglesia limitar sus preocupaciones a los asuntos espirituales, ni puede diakonía limitarse a cosmovisiones y preocupaciones seculares.

Misión en contexto ofrece tres conceptos claves en su intento de superar el riesgo de dicotomizar iglesia y diakonía. Estos conceptos son la transformación, el empoderamiento y la reconciliación.

Transformación: con una diferencia nada de despreciable con respecto a otros conceptos tales como acción social o trabajo de desarrollo, transformación apunta a todas las dimensiones de la realidad humana, incluyendo la espiritual. También se resiste a los conceptos formados por la racionalidad

moderna occidental en el sentido que profesionales serían capaces de construir la realidad social. Nadie es dueño de la transformación, así como nadie se encuentra excluido y excluida de la necesidad y de la promesa de ser transformado y transformada. El potencial de la transformación recuerda a las personas creyentes el poder del grano de trigo que aparentemente está destinado a la muerte cuando es puesto en la tierra. En la perspectiva de la fe, esto refleja el misterio sacramental de la transformación, y el significado de lo que es aparentemente insignificante. Ante este trasfondo, la comunidad servidora no ve su diakonía como una poderosa acción social, pero como un servicio empoderado por el Espíritu de Dios.

Si la transformación apunta a la dimensión pneumatológica de ser iglesia en diakonía, el concepto del **empoderamiento** lo hace también, y si acaso todavía posible, incluso con mayor énfasis todavía. Desde un punto de vista, empoderamiento fue utilizado inicialmente en el campo de la acción social y política. Sus objetivos principales siempre han sido la consecución de un método de trabajo que empodere a las personas sin poder (o mejor dicho: a las personas que han sido desempoderadas), asegurándoles un papel de ser sujetos de su propio destino.

Desde un punto de vista teológico, empoderamiento se relaciona con la promesa de pentecostés “ustedes recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y ustedes serán mis testigos hasta los confines de la tierra” (Hechos 1:8). La historia de pentecostés narra cómo los discípulos fueron transformados, cómo superaron

¹ Misión en contexto: transformación, reconciliación, empoderamiento. Una contribución de la FLM a la comprensión y práctica de la misión. Ginebra 2004, p. 7

² Ib. p. 37

sus miedos, cómo sus preguntas anteriores fueron transformadas en palabras anunciando “los poderosos hechos de Dios”, en la medida que su lengua fue transformada de acuerdo al contexto que los rodeaba.

Es una convicción de la iglesia que Dios continúa empoderando a su pueblo, no solamente a los apóstoles y otras personas que han asumido liderazgo, pero especialmente a aquellos y aquellas que aparentemente no tienen nada que decir. Dios revela su gracia y poder escogiendo “También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada” (1 Cor 1:28), levantando sus voces para proclamar su nombre. Las implicaciones diaconales de esto son evidentes. En Latinoamérica, un concepto paralelo a empoderamiento es el de la “dignificación”, que significa defender y levantar la dignidad de las personas y darles la posibilidad de ser “sujetos”, tanto en la iglesia como en la sociedad.

El sacramento del bautismo proclama este mensaje, anunciando que donde quiera que una persona sea bautizada, un nuevo talento es añadido a la riqueza de la iglesia. De esta manera, el bautismo se constituye de hecho en la ordenación para la diakonía y la misión de la iglesia. Por gracia de Dios, en la medida que es Dios quien equipa y empodera. “Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.” (Ef 2:10). Demasiadas veces cuando hablamos del recurso humano en la iglesia, lo hacemos en un sentido demasiado restringido, contando solamente al clero y al personal contratado. En muchas iglesias existe

una tradición muy fuerte de involucrar personas voluntarias, pero existe el riesgo de definir el trabajo voluntario con respecto a las necesidades y actividades definidas por el pastor o la pastora, o el personal contratado. Incluso puede preguntarse si acaso “voluntario o voluntaria” es un término adecuado para ser insertado dentro de la teología luterana del bautismo y la tradición del sacerdocio universal de todos los y las creyentes. Aquí, el empoderamiento trasciende con creces la situación de estar a disposición para un trabajo voluntario.

Como pueblo de Dios equipado para la misión, la iglesia está llamada a participar en la misión reconciliadora de Dios como su embajadora, llamando a las personas a la reconciliación con Dios en el nombre de Cristo. **Reconciliación** se refiere en primer lugar a la acción de Dios, a través de la cual las personas ven restaurada su relación con Dios. A la vez, restauración conlleva una transformación y un empoderamiento para la “diakonía de la reconciliación” (2 Cor. 5:19). El término diakonía claramente nos recuerda la diakonía de Jesús, su forma de marcar presencia incondicional entre los y las pobres, su defensa profética de los y las excluidos y excluidas, sus acciones de sanación, y finalmente –pero no por ello menos importante– su anuncio del perdón y de la nueva vida bajo la promesa de los nuevos tiempos que vendrán. De forma especial, nos recuerda su acción de servir las mesas, aspecto que el teólogo brasileño Rodolfo Gaede Neto llama “comensalidade”³, refiriéndose a la manera como una mesa inclusiva de

³ Ponencia presentada en el encuentro regional de Diakonía, Florianópolis 2002.

comunión produce reconciliación y transformación. Este es el camino que debe seguir la iglesia en la diakonía de la reconciliación.

2. La dimensión profética de la diakonía.

El movimiento diaconal moderno que tomó su origen en Alemania en la década del 30 del siglo XIX estuvo fuertemente motivado por la espiritualidad pietista y su énfasis en la piedad individualista. Este trasfondo hizo natural que la palabra bíblica “diakonía” fuera traducido como “servicio humilde”, al cual se comisionó a diaconisas y diáconos. Tanto en su servicio en instituciones como en congregaciones, se esperaba que los y las obreros diaconales fueran “humildes servidores” A veces esto generó la impresión que la diakonía debía ser silenciosa, casi servil, y no debía provocar a nadie ni involucrarse en asuntos políticos complejos.

Durante las últimas décadas, esta interpretación ha sido revisada. Profesores y profesoras de teología bíblica, tales como el australiano John Collins⁴ han documentado recientemente que la palabra griega no significa en primer lugar servicio humilde, sino más bien una tarea importante asignada a alguien por una autoridad importante. En el NT, la mayoría de las veces se refiere a un ministerio (tareas de liderazgo), o – tal como lo hemos visto con relación a Jesús - a su misión mesiánica. Desde esta comprensión es que se ha desarrollado el concepto de la **diakonía profética**.

Ya nos hemos referido a la consulta de la FLM celebrada en el año 2002 sobre la Diakonía profética. En la carta que resultó de este evento se señala:

“Reconocemos con gratitud las diversas formas de trabajo diaconal que la Iglesia ha llevado a cabo a través de los siglos, y que necesariamente también continúan en nuestros días. Ahora este trabajo es desafiado a adquirir formas más proféticas de diakonía, Inspirados por Jesús y los profetas, quienes confrontaron a aquellos en el poder y clamaron por cambios en estructuras y prácticas injustas, oramos para que Dios pueda empoderarnos para ayudar a transformar todo lo que nos lleva a la codicia humana, violencia, injusticia y exclusión.”⁵

Entonces, ¿que se entiende bajo diakonía profética? Profecía es un término bíblico y debería ser usado teniendo este trasfondo en mente. A veces, diakonía política y diakonía profética han sido vistos como una misma cosa. Sin embargo, es necesario diferenciar entre ambas, aunque ciertamente se encuentran interrelacionadas.

Diakonía política expresa la dimensión política de la acción diaconal. Dado que la diakonía se da en el ámbito público, debe estar conciente de su rol sociopolítico y estar presta a actuar en concordancia asumiendo un activo rol público.

Diakonía profética, por otro lado, tiene otro acento. Se refiere a la naturaleza intrínseca de la diakonía, afirmando que la tarea profética hace parte del mandato y de la autoridad que Dios ha dado a la iglesia y su diakonía.

⁴ Collins, John N.: *Diakonia. Re-interpreting de Ancient Sources*. New York / Oxford 1990

⁵ Original inglés en: LWF: *Prophetic Diakonia: “For the healing of the world” Report* – Johannesburg, South Africa – November 2002

En la tradición bíblica, profecía es una respuesta a la revelación divina y un mandato otorgado por Dios al o a la profeta. “La palabra de Dios vino a mi, diciendo.....” Esta palabra siempre manifiesta el señorío y el poder de Dios, tal como se lee en Amos 4:13: “He aquí el que forma las montañas, el que crea el viento, el que revela al hombre sus designios, el que convierte la aurora en tinieblas, el que marcha sobre las alturas de la tierra: su nombre es el Señor Dios Todopoderoso”. Pero también refleja la preocupación de Dios por la creación, especialmente por su pueblo, recordándole que él es juez y redentor, ahora y en los tiempos futuros. Los cristianos y cristianas perciben la relevancia de esta palabra. En tiempos de globalización en los cuales el mercado y un puñado de naciones poderosas pretenden poseer el derecho de establecer las condiciones ultimativas para la existencia humana, la palabra profética llama a recordar que Dios es el Señor de la historia.

¿Cómo se establece la relación entre profecía y diakonía?

Ambas tienen la tarea de encontrar caminos, de construir puentes en dirección a la renovación (arrepentimiento) y la transformación. La tarea de la diakonía es ser **pionera** (pathfinder – “encuentra caminos”) y actuar en concordancia. Diakonía jamás es solamente palabras, pero acciones, buscando maneras para que la transformación pueda ocurrir.

Es importante anotar que los y las profetas fueron **fuertes defensores y defensoras de la justicia**. Reaccionaban especialmente cuando las leyes divinas eran quebrantadas. Estas leyes, las así

llamadas leyes apodícticas, fueron establecidas en el Monte de Sinaí como parte de la alianza entre Dios y su pueblo. Se distingue de la ley casuística desarrollada por los ancianos que se sentaban a las puertas de la ciudad. La ley apodíctica es incuestionable. Hace parte de la alianza y sus promesas de shalom y bienestar. Esta es la razón por la cual el quebrantamiento de aquella ley tenía tan dramáticas consecuencias.

Ser profético o profética implica defender la justicia. La acción diaconal, por lo tanto, incluye a partir de su misma naturaleza la tarea de desenmascarar la injusticia y promover la justicia, o mejor todavía: ser pionero o pionera sirviendo a esta causa.

Otra importante observación es que los y las profetas a menudo dirigían su mensaje al liderazgo del orden religioso. También se dirigían a los ricos y poderosos, como por ejemplo al rey, pero entonces dentro de la racionalidad de la teocracia, amonestando los abusos de sistema y del poder que les era asignado. Eran manipuladores con el fin de ser vistos como piadosos y observadores de la ley. Incluso llegaron a instalar falsos profetas anunciando lo que les parecía conveniente.

Es en este sentido cuestionable, si acaso lo profético puede incorporarse como una parte de la estructura de la iglesia. Tal como ya se menciona arriba, la iglesia incluso en su estructura es *simul iustus et peccator*. Ninguna sección de la iglesia, ni siquiera lo que podríamos denominar el ministerio profético de la iglesia, escapa a esta realidad. Una identidad profética auto-asignada corre el especial riesgo de tornarse manipulativa o triunfalista.

Debe ser, por lo tanto, una tarea al menos igualmente importante para la diaconía profética el dirigirse a los estamentos eclesiásticos para cuestionar cómo estamos siendo “conformados al mundo” (Rom. 12:2) cuando tratamos los asuntos candentes de nuestros tiempos. ¿No es acaso apropiado decir que la iglesia a menudo imita estructuras de exclusión y dominación? ¿Es que los asuntos de poder y uso del poder son manejados transparentemente? ¿No se adopta un estilo de consumismo religioso y de indiferencia ética, antes que dejarse provocar profundamente por los signos de la pobreza en aumento y la injusticia en el mundo?

Sin preguntas proféticas de índole crítico, la iglesia y su diakonía se pueden ver fácilmente atrapadas en triunfalismo, eclesiocentrismo y otras formas de la teología de la gloria. La iglesia necesita renovarse constantemente y ser llamada a recordar su mandato dado por Dios y de ser una iglesia en el camino – incluso donde este camino sea un camino de la cruz.

3. Las dimensiones ecuménicas e interreligiosas de la diakonía – diapraxis.

La acción diacónica siempre ha juntado a personas de distintas confesiones y fe, ayudándoles a superar prejuicios religiosos y motivándolos al diálogo. Así, diakonía ha sido uno de los pilares fundacionales del movimiento ecuménico. Un ejemplo importante de esto es la misión urbana iniciada en Europa del Norte en el promedio del siglo XIX. Cristianos y cristianas de diferentes confesiones pusieron en

común sus esfuerzos por acompañar a personas necesitadas, afectadas de los múltiples problemas sociales derivados de la industrialización y urbanización que se desarrollaba entonces.

Experiencias similares se dan hoy en todo el mundo. El documento de misión de la FLM menciona experiencias en India, donde personas de distintas tradiciones de fe se juntan para lo que se denomina la **dia-praxis**: “acción conjunta en solidaridad que se dedica a promover la paz, una mejor calidad de vida y la disminución del sufrimiento humano” (p.52).

En Junio de 2006, la FLM organizó una consulta en Medán, Indonesia, en la cual se reunieron cristianos, cristianas y musulmanes, musulmanas para compartir sus experiencias con respecto al tsunami devastador, pero también acerca de las expresiones concretas de solidaridad y de ayuda que cruzaron los límites religiosos durante los días siguientes de la catástrofe. Para la mayoría de los y las participantes, esta fue la primer experiencia en su vida para sostener un diálogo sobre asuntos relacionados con la fe entre musulmanes y cristianos, y para algunas personas fue realmente muy difícil escuchar lo que otros u otras querían decir. Sus experiencias del sufrimiento común, de la ayuda mutua y de la construcción conjunta de un futuro las comprometió, sin embargo, a continuar en diálogo.

En este sentido, diakonía –también en su expresión de diapraxis- provoca aperturas para la transformación, el empoderamiento y la reconciliación, incluso en contextos de tensión religiosa, tal como se da en muchos países del sur asiático.

Esto nos ayuda a ver que la acción diaconal no puede ignorar la dimensión religiosa de la realidad humana, y que no debiera restringirse a una cosmovisión secular y sus principios de interacción. En el contexto actual, en el cual muchas agencias del norte siguen este principio, debe ser defendido y recordado que la religión continúa teniendo un importante papel en el proceso de formar el sistema valórico de las personas y un horizonte para interpretar la realidad.

Por otro lado, diakonía y diapraxis también implica un fundamental respeto por otras confesiones y fe. Lo cual ciertamente no significa una relativización de todas las creencias en el sentido que “todas llevan a Dios”, como la religión popular suele confesar. Tampoco quiere decir que la tarea diaconal debiera buscar una “neutralidad religiosa” ni colocar un tabú sobre cualquier expresión de lo que la iglesia confiesa y celebra. El punto importante es el respeto fundamental de la diakonía por la dignidad del otro o de la otra, también en cuanto a su forma de ser diferente, así como la fuerte convicción que Dios ha dotado a todos los seres humanos con la capacidad de hacer buenas cosas.

Etimológicamente, respeto (re-spectare) significa volver a mirar, no cegarse con la primera impresión o por la primera reacción inmediata cuando se está siendo confrontado o confrontada con otra persona. Quien en un primer momento puede parecer una persona indefensa, va a ser visto después de una segunda mirada como una persona con historia, capacidades y fe.

Este respeto por el otro o la otra en su integridad, especialmente en situaciones de sufrimiento e injusticia, excluye la posibilidad de hacer de la diakonía un instrumento de evangelización con el objetivo de reclutar membresía para la iglesia. Es importante subrayar que la acción diaconal encierra un sentido en sí misma, siendo como tal una dimensión fundamental de la misión de la iglesia. El respeto por las demás personas, sin embargo, también incluye el respeto del otro o de la otra si él o ella libremente decide acercarse a la iglesia que confiesa y celebra, y participar en ella. No debido a las intenciones de aquellos o aquellas responsables del trabajo diaconal, pero como expresión de la labor del Espíritu de Dios que reúne y transforma al pueblo de Dios. Además, nuevamente debemos recordar que transformación es un proceso mediante el cual todos y todas somos transformados y transformadas.

Otro aspecto importante de la diapraxis es que la labor diaconal no debe realizarse en aislamiento, pero en cooperación con otras personas “de buena voluntad”. Los desafíos y las tareas trascienden largamente la capacidad de respuesta de la iglesia y su diakonía. Por otro lado, la creación de alianzas con otros actores implica construir la sociedad civil y fortalecer la comunidad local al momento de tratar los asuntos relacionados con necesidades humanas e injusticia.

A modo de conclusión, podemos decir que la diakonía como concepto debe ser reservado para lo que cristianos y cristianas hacen, ya sea espontáneamente o en forma de iniciativas diaconales, como compañeros y compañeras en la misión de Dios “para la sanación del mundo”. Pero la presencia llena de

gracia de Dios en el mundo en favor de la paz, la justicia y la reconciliación no puede limitarse a lo que pueda implementarse por medio de la acción diaconal, a lo que cristianos y cristianas digan y hagan. Es esta la razón por la cual la diakonía no puede ser exclusiva, ni en su autocomprensión teológica, ni en su ejercicio práctico, sino debe

nutrirse de la confesión de la “¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén” (Ro 11:33a;36)